

MANUEL DE ZEQUEIRA Y ARANGO (1760-1846)

ATAQUE DE YACSI

(Canto Heroico)

¿Es posible, guerreros españoles,  
Que fallezca en los brazos del silencio  
El ardor generoso que en los campos  
De Yacsi demostraron vuestros pechos?

¡Qué! ¿Los labios sagrados de la fama  
No podrán en los siglos venideros  
Prestarle nueva vida a vuestros nombres  
Como lo gozan hoy nuestros abuelos?

¿No viven los Pelayos, y los Cides,  
Aun no son en la historia sempiternos?  
¿Y el formidable godo inmortal siempre  
Sobre los fastos del romano imperio?

¿No vive el numantino? ¿Aun en cenizas  
No conservan gloriosos monumentos?  
¿No viven los Corteses, los Corteses  
Única admiración del universo?

Respondedme, invencibles españoles.  
Que habéis visto los rayos carniceros  
Del Dios de las batallas en los llanos  
De Yacsi, llanos crueles y funestos.

¿Qué, quedarais exentos de la gloria  
Sin que os haga inmortales vuestro aliento?  
¿Y os dará sepultura el negro olvido.  
Mientras la fama dio la vida a ellos?

¿Será vuestro valor menos ilustre  
Porque fueron fatales los sucesos?  
¿O será del laurel tan menos digna  
Vuestra sangre vertida sin provecho?

¡Qué! ¿Aquellos vencedores, que felices  
Los triunfos alcanzaron sin el riesgo?

¿Serán más meritorios de la gloria,  
Que los que por lograrla perecieron?

Confúndete. fortuna, que has querido  
En la suerte fatal de los guerreros  
Coronar de laureles a los unos  
Y negar a los otros tus aciertos.

Confúndete ¡oh cruel! que la justicia  
Benigna y recta distribuye el premio:  
Ella inspire sus gracias a Caliope  
Para que yo las preste al Orbe entero.

Ya siento resonar su ebúrnea trompa  
Ya me iluminan sus sonoros ecos.  
Y miro penetrar su son divino  
Del ártico al antártico hemisferio.

Su furor de mi sangre se apodera.  
Y a Yacsi me transportan sus acentos.  
¡Formidable entusiasmo! Dime, Musa  
¿Cabra en tu heroico tan sublime objeto?

Venía agitando sus dorados brutos  
La aurora por las cimas de los cerros,  
Despedazando con sus ruedas de oro  
Las oscuras imágenes del sueño:

Cuando empezaron a tomar las arenas  
Las tropas, y a ponerse en movimiento;  
Y con la roja luz del nuevo día  
A mi se me figura estarlas viendo.

Ya marcha por el campo la columna  
De los hijos de Marte, ya sedientos  
Del honor y la gloria se avecinan  
Con intrépido peso a los encuentros.

Yo miro los aceros relumbrantes  
A los ojos mil muertes ofreciendo,  
Y miro desplegadas las banderas  
Amenazando a la región del viento.

También oigo el estrépito terrible  
De sonoros marciales instrumentos.  
Y el lenguaje mortal con que Belona

En su escuela a sus hijos da preceptos.

Yo distingo los Jefes señalando  
Los destinos de todos, y los puestos.  
Y descubro pasearse entre las filas  
Al valor con semblante muy severo.

Yo diviso los carros y aun escucho  
El crujir de sus ruedas, bajo el peso  
De portátiles truenos y centellas,  
Que labró la impiedad con mixto y fierro.

También miro los brutos espumosos  
Sus crines erizando sobre el cuello,  
Batiendo con los pies la ardiente arena,  
Y tascando rabiosos duros frenos.

Yo los veo agitarse noblemente,  
Al son de los clarines respondiendo  
En fogosos relinchos, y encararse  
A las brillantes armas con denuedo.

Pero ya la columna se adelanta.  
Y al peligro se acerca por momentos,  
Penetrando con pasos atrevidos  
El íntimo lugar de un bosque espeso.

Un vómito encendido de Vulcano  
Que acopia en breve llama estrago inmenso,  
Despertando a la ninfa de Narciso  
Dio señal de combate con sus ecos.

Al instante las ninfas de los montes  
En los antros se refugian más secretos.  
Y son desde sus cóncavas entrañas  
Temerosos testigos del encuentro.

Llenos de asombro pánico abandonan  
Los dioses Faunos sus floridos templos,  
Y asustadas las simples avecillas  
A otros campos volaron más serenos.

¡Pero qué miro!... ¡Qué furor es éste!  
¡Las crueles furias de semblantes fieros  
Se me presentan con ardientes teas  
Inspirando el combate más horrendo!

¿Qué aguardáis invencibles españoles?  
¿Cuando el aire en relámpagos sangrientos  
Se convierte, vosotros dentro el bosque  
Las armas mantenéis sin movimiento?

Mas, ¿qué podéis hacer? si el enemigo  
Asestando sus tiros encubierto.  
Disfruta del terreno las ventajas,  
Y espera la victoria por momentos:

La horrible oscuridad de la emboscada.  
La estrechez del fatal desfiladero,  
El horrísono silbo de las balas,  
El camino impedido con los muertos.

El piso cenagoso, los caballos  
En confuso desorden con el fuego,  
El estrago infernal de la metralla  
Que aun derriba los robles más soberbios.

Cortada la vanguardia con el río.  
Atascados los carros en el cieno,  
Sin poderse jugar la artillería,  
Regados por el lodo los pertrechos.

Todo, todo españoles pronostica  
Vuestro cercano fin, y el vencimiento  
Se decide a favor del enemigo.  
A pesar de la industria y del esfuerzo.

Ya miro a la victoria con sus alas  
Rápida descender del alto cielo,  
Y dirigirse al enemigo campo  
Coronas de laureles ofreciendo.

Ya las orla sus sienes, ya gloriosos  
A la deidad tributan mil inciensos.  
Ya sus victorias suenan... ¿mas qué digo?  
Aun no desmaya el español aliento.

Ante heridas de furiosa saña  
Las generosas vidas sosteniendo  
Disputan el laurel, y arrebatarlo  
Piensan en el estado más funesto.

¡Oh naciones aliadas de la Europa!  
Si os inspiran valor tales ejemplos.  
Un rato contemplad en este lance  
La virtud española y sus afectos.

Mirad como el intrépido soldado  
Menospreciando impávido los riesgos  
Desatasca los carros impedidos.  
Dócilmente las bestias impeliendo.

Mirad con qué valor, con qué constancia  
Sumergidos los jefes en el cieno.  
Deseosos de batir al enemigo  
Andan las municiones recogiendo.

Mirad cómo el más débil se interesa.  
Y al trabajo estimula al más violento:  
No se conoce superior alguno.  
A todos los anima un propio empeño.

Mirad cómo después se precipitan  
De tierra y de sudor todos cubiertos  
En los torrentes del undoso río.  
Que tiñen con la sangre de sus cuerpos.

Mirad la intrepidez con que ganando  
Van la contraria orilla, resistiendo  
No tan sólo la rápida corriente,  
Sino también el ímpetu del fuego.

Mirad, salvos del agua, como todos  
Van el orden cobrando de sus puestos.  
Y mirad cómo absorto el enemigo  
Retrocede a reñir en campo abierto.

Mirad con fielísimo coraje  
Van, se acercan... mas ¡ah! que ya no tengo  
Colores vivos, ni expresiones dignas  
Con que poder trazar sus ardimientos.

Ya mi numen, no sé si horrorizado  
A la vista de choque tan severo,  
Trastorna los compases, y la trompa  
Trémula se desprende de mis dedos.

Vuelve, Caliope, vuelve, y de divino

Furor enciende mis humildes versos.  
Haz que mi mente brote enardecida  
La centella menor de tus conceptos.

Van, se aproximan, y con cruda saña  
La fiera lid trabaron cuerpo a cuerpo,  
Con tal voracidad que a poco instante  
Gritaron con terror los elementos.

El tenaz adversario enfurecido  
Indómito mostrando su despecho,  
Duplica con sus armas los horrores.  
Arde el aire, y en círculos espesos.

El cielo se vistió de sombras pardas,  
El sol amarilló su rojo aspecto,  
Y oprimida la tierra del combate  
Siente, o caduca en brutos esperezos.

Cuanto se hace expectable es noche ardiente  
Anda la muerte oculta en humo denso.  
Y entre torrentes de espumosa sangre  
Exámenes palpitan los espectros.

Ya el brutal enemigo acobardado  
Sin dejar de reñir iba cediendo.  
Cuando alentarlos otra vez procura  
La insana voz de su caudillo fiero.

«Avanzad, ciudadanos, les decía,  
«Reforzad la vanguardia. defendeos,  
«Mirad que la ambición de esos tiranos  
«Nos pretende usurpar un bien inmenso.

«La amable libertad es el tesoro,  
«Y la causa común de tanto empeño,  
«En ella sola nuestro bien consiste  
«¿Y amaréis el vivir si la perdemos?

«Antes con su trisulco el dios terrible  
«Confunda nuestros ánimos soberbios,  
«Que a ser esclavos de los mismos hombres  
«Se llegue a someter nuestro derecho.

«Avanzad, ciudadanos, ¿qué os detiene?  
«Avanzad, no temáis, pues nada menos

«Que vida y libertad hoy nos animan,  
«Redoblad vuestros ánimos, a ellos».

De la suerte que el mar embravecido  
Cansado retrocede, pero luego  
Vuelve a herir y chocar con mayor furia  
Pretendiendo salirse de su centro;

Con duplicada fuerza y mayor brío  
El bárbaro contrario arremetiendo  
Hiere, choca con ímpetu tan grande.  
Que aun es a su furor el campo estrecho.

Pero en vano infelices solicitan  
Adornarse las sienes de trofeos,  
Cuando ya los espíritus hispanos  
A morir o vencer están dispuestos.

Yo los vi... ¡Oh memoria de aquel día!  
Yo he visto a los feroces granaderos  
Abandonando las ardientes armas  
Recurrir a los últimos extremos,

Por otra parte la caballería,  
Estimulados del más noble celo.  
Coléricos los brutos apresuran  
Sueltas las bridas y el ijar batiendo.

Espesa nube de funesto polvo  
Levanta el golpe de sus pies ligeros,  
Y con la densa confusión que forma  
Los unos y los otros se cubrieron.

Horrible ruido se escuchó al instante,  
Semejante al rugido de los truenos  
Que anunciando de Júpiter las iras,  
Amenaza tragarse al universo.

Ellos rompen, deshacen, desbaratan.  
Atropellan, y saltan por el medio  
De las sólidas filas del contrario  
Mil rayos de sus diestras despidiendo.

Ellos embisten a la turba osada,  
Y aunque procuran escapar violentos,  
A unos les corta la cuchilla el paso,

Y otros se quedan del terror suspensos.

Ellos destrozan con el arma blanca  
Los postreros terrores infundiendo.  
Y el fuego mismo se desmaya y hiela  
Al verles empuñando los aceros.

Chocan las armas de los combatientes  
Llamas brotando de sus duros centros.  
Y aunque se apagan en la sangre todas.  
Otras resultan de los golpes nuevos.

Se oyen los ayes de los moribundos.  
Crecen las iras con gigantes vuelos.  
Y todo cuanto la atención descubre  
Es negra imagen del profundo averno.

Sueña el bárbaro herir por todas partes,  
Por todas partes del infausto suelo  
Salta la sangre, y salpicando finge  
Lluvia copiosa de licores cruentos.

Y de la suerte que el airado Noto  
Desenfrenado de su oscuro servo.  
Va derribando por la verde selva  
Todas las hojas y los ramos bellos:

Por todas partes derribadas yacen  
De muchas vidas el lloroso resto,  
Y en Yacsi no hay lugar que por oculto.  
De estragos lamentables no este lleno.

Este presenta ensangrentado el rostro,  
Allí se encuentra sin cabeza un cuerpo,  
Aquel derrama por nariz y boca  
Caños de sangre entre clamores tiernos.

Otro levanta allá la altiva frente,  
Y con ojos airados mira al cielo.  
Y antes de articular sus amenazas  
Le abandona el espíritu blasfemo.

Cual al impulso del triunfante golpe  
Sobre el campo fatal yace deshecho,  
Cual en su negra sangre se revuelca,  
Y cual se bulle dividido en miembros.



Aquel vomita por la horrenda herida  
Las míseras entrañas, y volviendo  
El angustiado rostro al lamentarse.  
Abre la boca, y fáltale el aliento.

Por otro lado los despojos miro  
De infinitos vencidos, que muriendo  
Dejan regados sin marcial donaire  
Las espadas, los brazos y sombreros.

Ya sólo en la campaña aparecía  
Nuestra gloriosa tropa, convirtiendo  
En compasión la ira al ver poblada  
La tierra de tan lúgubres fragmentos.

La muerte entonces con veloces alas  
Enarbolando su estandarte negro,  
Por los aires voló precipitada,  
Seguida de fantasmas macilentos.

Y apagando las Furias infernales  
Sus voraces azotes al momento,  
Más crueles esta vez que satisfechas.  
Huyen nuevas escenas inquiriendo.

Al mismo instante en su luciente carro  
Gira el dios Marte de coronas lleno,  
Y acompañado de las bellas Gracias  
Dejó pasando a la Victoria en premio.

Después la Gloria con risueño rostro  
Las sienas besa al escuadrón egregio,  
Brindándole con manos inmortales  
Timbres que ilustren los futuros tiempos.

Sintiéronse los aires más tranquilos,  
La tierra sosegó sus movimientos,  
Mostró la esfera su horizonte claro.  
Y su agradable faz el rubio Febo.

Resonaron las grutas apartadas  
Heridas de los bélicos conciertos,  
Poblándose los campos de alegría  
Y vítores que llegan hasta el cielo.

Las Cítaras aladas más sonoras  
A sus verdes estancias se volvieron  
Y en métricas dulzuras tributaron  
A la Victoria su debido obsequio.

Vosotros, españoles, que entretanto  
Los gloriosos despojos recogiendo  
Dais materia fecunda a las historias  
Y a la fama brillantes fundamentos.

Permitid que interrumpa de mi lira  
La débil voz de su cansado aliento,  
Mientras más docta musa dedicare  
A vuestro inmortal nombre elogios nuevos.